

RESEÑAS DE LIBROS

Götz Aly,
La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes,
Barcelona, Crítica, 2006.

«Tenían buen aspecto, buen color, estaban llenos de ánimo y bien vestidos. Un sistema económico sostenido hasta el final por millones de brazos extranjeros y el pillaje de todo el continente mostraba así sus resultados». Con estas palabras del oficial británico Posener, escritas tras ver a los habitantes de la recién conquistada Colonia en abril de 1945, termina su libro el historiador alemán Götz Aly, que ha tenido un enorme éxito de ventas en su país, lo que explica su rápida publicación en castellano. El editor ha preferido cambiar el título original *Hitlers Volkstaat. Raub, Rasenkrieg und nationale Sozialismus*, equivalente a *El estado popular de Hitler. Saqueo, guerra racial y socialismo nacional*, más descriptivo, por otro que busca mayor impacto y que, sobre todo en el subtítulo, aborda un aspecto esencia de la obra. Realmente, la edición merecía la pena, porque aporta una nueva y potente luz para el estudio de ese fenómeno histórico que sigue apasionando tanto hoy en día, incluso al público general, como fue el régimen nacionalsocialista. Algo muy meritorio después de lo mucho y bueno que se viene publicando en los últimos lustros sobre el tema.

El grueso del libro es un estudio pormenorizado de un solo aspecto de la historia, aquél que observó en 1945 el oficial Posener: cómo financió Alemania su esfuerzo bélico. Pormenorizado porque el análisis se detiene en cada país de la Europa del Eje, lo que hace la lectura un poco reiterativa, algo que se perdona a la vista de lo que el conjunto revela. Para estudiar el tema Aly ha acudido a un sinnúmero de fuentes disponibles en toda Europa, con las que logra aportar una más que aceptable visión cualitativa y cuantitativa del tema, a pesar de que muchísimos papeles fueron eliminados por comprometedores para el Estado, tanto en la República Federal de Alemania como en la Democrática.

El esfuerzo bélico alemán se financió mediante un doble proceso de saqueo, uno principal y otro complementario. El primero es el que afectó a las economías de los países ocupados por la Wehrmacht, e incluso las de los países amigos y aliados en la guerra, en los que se mantenían tropas alemanas. El pivote de este saqueo fueron los gastos de ocupación y mantenimiento de dichas tropas, que las autoridades alemanas impusieron a voluntad en cantidades muy superiores al gasto real: «Durante la Segunda Guerra Mundial Alemania impuso a Europa costes de ocupación y prestaciones sin igual, entre ellos créditos obligatorios así como las llamadas

contribuciones al sostenimiento del Reich. Los gastos de guerra superaron rápidamente el último presupuesto de paz de cada país ocupado, en general en más del 100 por 100, y en la segunda mitad de la guerra a menudo más del doble» (97). Los suministros de todo tipo que adquirían los ocupantes alemanes se pagaban en vales de la Caja de crédito del Reich, unos vales en marcos, no convertibles en Alemania. Los campesinos, comerciantes o empresarios suministradores los aceptaban gustosos, con lo que se evitaba el ocultamiento, porque se podían canjear en la moneda del país sin problema, a unos tipos de cambio fijados por la autoridad monetaria alemana en su propio beneficio. Los bancos canjeaban a su vez los vales en el banco central de su país, que a su vez tenía que entregarlos a la sucursal de la Caja de crédito del Reich, con lo que el suministro, en vez de ser un saqueo para el suministrador, lo era para el tesoro monetario del Estado.

Otro capítulo del pillaje lo protagonizaban las tropas alemanas de ocupación: con sus pagas y con el dinero que les enviaban los suyos adquirían todo tipo de productos (alimentos, ropa, menaje, etc.), que enormes convoyes postales o ellos mismos durante los permisos se encargaban de enviar a sus familias, que mantenían así su nivel de consumo sin presionar la producción alemana, orientada al armamento, evitando también tensiones inflacionistas. Un tercer capítulo eran los intercambios comerciales: Alemania se suministraba en toda Europa de alimentos, materias primas y productos manufacturados sin apenas contrapartida exportadora. El gigantesco déficit exterior que se acumulaba se transformaba forzosamente en títulos de deuda, a pagar algún día, después de ganar la guerra. Finalmente, los millones de trabajadores extranjeros llevados a trabajar a Alemania suponían un doble saqueo: no sólo se explotaba su mano de obra, sino que la parte del salario destinada a ser enviada a sus familias era ingresada por la empresa donde trabajaban en la caja central del Reich, siendo el tesoro de su propio país quien pagaba a la familia.

Como puede suponerse, el resultado del saqueo fue el brutal empobrecimiento y la malnutrición generalizada en la Europa ocupada, mientras en Alemania se mantenía el esfuerzo bélico de la economía con un buen nivel de consumo para sus habitantes. Aly señala, sin embargo, que en Polonia y, sobre todo, Ucrania y demás territorios soviéticos ocupados, se utilizaron mucho más «los métodos de opresión y terror» (354), con requisas, matanzas y hambruna generalizadas.

El problema del saqueo continental era que se evitara la acumulación de la deuda y la inflación en Alemania trasladándola a los países europeos hasta unos límites ingobernables. Una inflación galopante en un país produciría su colapso económico sin beneficio para nadie. Para evitarlo las autoridades alemanas introdujeron el saqueo complementario: el de los judíos. Leyendo el libro descubrimos que el 1 de septiembre de 1938 el ministro de Finanzas informó a Hitler de que estaban agotadas las reservas de la caja de Reich: así «resulta claro por qué (ese mes) la política alemana se orientó en el exterior hacia la desarticulación de Checoslovaquia y en el interior hacia los pogromos contra los judíos» (60), aludiendo a la No-

che de Cristal, inicio de la total incautación de sus bienes. Más tarde el saqueo de los judíos de todo el continente fue un eficaz remedio para controlar la inflación en los países ocupados o amigos. La operación tenía que contar con la asistencia de las autoridades colaboracionistas, beneficiadas además por la estabilización de su moneda. Sólo las autoridades belgas se resistieron a participar en el robo, obligando a intervenir directamente al ocupante. El mecanismo ordinario consistía en la expropiación forzosa de todos los bienes judíos, canjeados por títulos de deuda. Los bienes eran vendidos a sus vecinos, que los compraban gustosos, y el dinero de la venta se ingresaba en el banco central del país, ayudando a sostener su moneda. En algunos casos los muebles y el menaje de las casas judías eran transportados hacia Alemania, para su venta a precios ventajosos entre los damnificados por los bombardeos aliados. La posterior deportación y exterminio redondeaban el negocio: los títulos de deuda desaparecían y todos los bienes muebles que los deportados llevaban consigo (ropa, calzado, joyas, dinero, objetos de valor, hasta los dientes de oro) pasaban directamente al tesoro del Reich.

Del relato pormenorizado del saqueo que acabo de resumir se extraen consecuencias de enorme interés. La primera es el papel central que jugó la aristocracia militar prusiana (los junkers), y sobre todo la Wehrmacht, dentro del régimen nacionalsocialista. Algo que parece lógico puesto que su política se había orientado al poderío militar y la guerra casi desde el principio. El Ejército y las instituciones monetarias, dirigidas por viejos conservadores, como el conde von Krosigk, ministro de Finanzas, fueron agentes decisivos en la planificación y ejecución de los dos saqueos, el de los países europeos y el de los judíos. Aly rechaza la famosa tesis que expusiera en 1942 Franz Neumann en su *Behemoth*, es decir, que el Estado nazi se encaminaba a su descomposición en medio de la lucha de una diversidad de centros de poder enfrentados. Según Aly el régimen supo unir el idealismo criminal de los políticos nazis con la eficacia de las viejas élites de burócratas y técnicos conservadores, que en «equilibrio siempre precario» (358), hicieron realizables sus políticas. Aunque creo que el libro no invalida los análisis de la compleja policracia que constituía el Estado nacionalsocialista, sí que aporta luz sobre el papel que militares y conservadores jugaron en algunos aspectos esenciales del proceso de radicalización que dicho sistema propiciaba. En esta línea Aly critica las viejas tesis sobre el carácter irracional y fanático del genocidio judío. No sólo era racional el saqueo de sus bienes, sino también la eliminación de sus bocas en una Europa cada vez más hambrienta. La misma racionalidad que el previo exterminio de los deficientes de Alemania o el de los prisioneros de guerra soviéticos en los primeros meses de la operación Barbarroja. Más difícil me parece explicar, no obstante, la racionalidad de la política exterminadora seguida con los habitantes de los territorios ocupados en el este, respecto a la alternativa de haber buscado su colaboración sobre la base del nacionalismo y el anticomunismo.

La última y quizás principal aportación del libro, la que da motivo al subtítulo, es la que ilumina la actitud del pueblo corriente alemán ante el

nazismo. Es éste un tema muy estudiado en las últimas décadas, desde Martin Broszat a Norbert Frei, Robert Gellately o el mismo Ian Kershaw. Una fuente fundamental en estos estudios eran los informes mensuales del Servicio de Seguridad de las SS sobre el estado de la opinión popular. Lo que Aly explica es por qué se hacían esos informes: por la obsesión de los dirigentes nazis, con Hitler a la cabeza, por tener al pueblo contento. Especialmente al estallar la guerra. Querían evitar a toda costa que se repitiera el hambre y el descontento que se abatieron sobre las clases populares y medias durante la Primera Guerra Mundial. Siempre me ha impresionado la comparación entre la revolución popular alemana de noviembre de 1918, cuando el país aún no había sido invadido, y la pasividad popular de 1945, en medio de la derrota más total. El libro de Aly ayuda a explicar este cambio.

Aly subraya el carácter socialmente izquierdista de la política nazi, especialmente desde que se inició la guerra. La casi totalidad de los impuestos de guerra recayeron sobre las clases altas. Las clases populares vieron incluso mejorar sus ingresos con las horas de trabajo extraordinarias bien remuneradas, las pagas de los soldados y las ayudas que recibían sus familiares en retaguardia. Aunque la economía del país se concentraba en la producción bélica, el saqueo de Europa permitió que los alemanes corrientes mantuvieran un buen nivel de consumo sin generar inflación, hasta casi los últimos meses de la contienda, como comprobó asombrado el oficial Posener. Aly calcula que el esfuerzo bélico alemán fue financiado en un 10 por cien por los alemanes corrientes, en un 20 por cien por los ricos y en un 70 por cien por los europeos y los judíos. «Sobre la base de esta doble discriminación, de raza y de clase, la gran masa de los alemanes disfrutó hasta la segunda mitad de la guerra de una buena situación. Ignoraron durante mucho tiempo el reverso criminal de su bienestar, un imperialismo social y racista edulcorado por la palabrería socializante de sus dirigentes». (330) Más que «ignoraron», quisieron ignorar, es lo que se desprende del libro. Según Aly, «el consenso mayoritario no emanaba de un convencimiento ideológico, sino del soborno sistemático mediante el bienestar social» (338), que se combinaba con «la violencia ejemplar contra los denominados «enemigos del pueblo»» (344). En este sentido es revelador el testimonio del soldado Heinrich Böll, que en absoluto simpatizaba con la ideología nacionalsocialista, lo mismo que su familia. En la Francia ocupada Böll era perfectamente consciente del saqueo: «Las tiendas serán ahora, naturalmente vaciadas por los soldados... me cuesta decidirme a seguir la corriente; aunque todo se pague, parece como si estuviéramos despojando un cadáver; lo único que me gustaría encontrar es café» (131). Pero muy poco después estaba solicitando dinero a su familia para poder enviarles todo tipo de productos. Incluso llegó a soñar con algo mucho más siniestro: «pienso a menudo en la posibilidad de una vida colonial aquí en el este después de haber ganado la guerra» (29).

GONZALO ÁLVAREZ CHILLIDA